

LOS VETERINARIOS MILITARES EN LA GUERRA DEL RIF

Juan Alberto GALÁN TORRES¹

RESUMEN

El conocido como Desastre de Annual, es un apelativo certero para señalar una gran derrota sufrida por el Ejército español, ocurrida en 1921, y una dolorosa tragedia para todo el país, que había enviado a sus hijos a una tierra agreste, inhóspita y hostil, donde ya habían ocurrido hechos dramáticos unos años antes, de los cuales, sin embargo, no se obtuvo lección alguna.

El propósito de este artículo, más allá de sus connotaciones puramente políticas o tácticas, es recordar a unos jóvenes oficiales veterinarios, entonces no integrados en el Cuerpo de Sanidad Militar, que murieron con honor, dando muestras de valor y heroísmo, que sobrepasó lo que se les podía exigir.

Me he ceñido principalmente a dos posiciones destacadas en aquel desafortunado despliegue: Zeluán y Monte Arruit. En ambos escenarios estuvieron nuestros veterinarios, compartiendo protagonismo y luchando codo con codo con sus defensores.

PALABRAS CLAVE: Desastre de Annual. Veterinarios militares. Zeluán. Monte Arruit.

¹ Coronel veterinario (retirado).

ABSTRACT

Known as the Annual Disaster, it is an accurate name to point out a great defeat suffered by the Spanish Army, which occurred in 1921, and a painful tragedy for the entire country, which sent its children to a wild, inhospitable and hostile land, where there had already been dramatic events a few years before, from which, however, no selection was obtained.

The purpose of this article, beyond its purely political or tactical connotations, is to remember some young veterinary officers, then not part of the Military Medical Corps, who died with honor, showing courage and heroism, which surpassed what they could be required.

I have confined myself mainly to two prominent positions in that unfortunate deployment: Zeluán and Monte Arruit. Our veterinarians were present in these places, sharing the limelight and fighting side by side with their defenders.

KEY WORDS: Annual disaster. Military vets. Zeluan. Mount Arruit.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

El avance de las tropas españolas en el norte de África se apoyaba en una precariedad manifiesta y peligrosa.

El general Manuel Fernández Silvestre tomó posesión como comandante general de Melilla el 12 de febrero de 1920. El 1 de junio de 1921 se produjo la caída de Abarrán, donde la posición española fue masacrada. Después vendrían, como las fichas de un macabro dominó, Sidi Dris, Afrau, Igueriben, Dar Quebdani, Ben-Tieb, Dar Drius, El Batel, numerosos blocaos..., y el desastre y la matanza no pararían hasta alcanzar las puertas de Melilla.

El diario melillense *El Telegrama del Rif* del viernes 31 de diciembre de 1920, publicaba una nota, fechada el día 29 en Madrid, en la que informa que «tendrá lugar, el último día del año, un banquete en honor del Alto Comisario de España en Marruecos, general Berenguer. El acto tendrá lugar en el salón principal del Ministerio de Estado».

A pesar de la conquista y pérdida de Abarrán, y el asedio a Sidi Dris el día siguiente, nada parecía hacer sospechar la tragedia que se avecinaba. El general Berenguer dio la situación por restablecida y fijó su atención en la parte occidental del Protectorado, es decir, en Yebala (Ceuta).

Ricardo Fernández de Tamarit luchó en la isla de Cuba, fue preceptor de Alfonso XIII y amigo personal de Silvestre. En septiembre de 1920 mandó el tercer batallón del Regimiento de África; en 1922 ascendió a coronel y fue destinado a Mallorca. En una carta particular dirigida a Silvestre se expresaba así:

Has edificado sobre arena; no están sometidas, como no lo estarán jamás. Burra-Hail [célebre caudillo de Metalsa] ha engañado a Morales y a ti. Te has instalado prematuramente en Sidi Dris, Afrau y Annual. Las comunicaciones son difícilísimas, las posiciones deplorables, y no responden más que a eso que se llama la política y que es simplemente la negación de ella; son los jefes moros los que indican los emplazamientos, todos sin aguada ni recursos y fáciles de aislar [...]. Vivimos sobre un volcán».

En abril de 1921, en un acto celebrado en Valladolid con presencia del Rey, al que acudió Fernández Silvestre y el ministro de la Guerra vizconde de Eza, el teniente coronel Primo de Rivera condenó la inmoralidad que reinaba en el Protectorado de África y la entrega al juego de muchos de los jefes y oficiales.

El capitán general Valeriano Weyler, Jefe del Estado Mayor, mantenía que los moros sumisos, aliados de España, a quienes se les había cedido los fusiles Remington «nos tiroteaban sólo de noche, dedicando el día a vacilar con el personal y a vendernos toda clase de baratijas. [...]La única manera sería de pacificar el Protectorado sería concentrando a los sumisos, fusilarlos, y luego hacer una guerra normal y sin política contra el resto».

Dentro del breve intervalo de tiempo que transcurre desde el combate de Abarrán (30 de mayo y 1 de junio de 1921) y la rendición de Monte Arruit el 9 de agosto, me ceñiré a dos hechos especialmente duros y representativos de lo que fue aquella tragedia, en la que jóvenes oficiales veterinarios supieron estar a la altura de las tremendas circunstancias que les tocó vivir. Pagaron con su vida aquel gran descalabro para España en tierra africana. Se dieron no pocos comportamientos heroicos, pero también muestras de incompetencia y cobardía, en un caldo de cultivo marcado por la falta de medios adecuados, la inexperiencia, la fatiga, la sed, la desesperación y el terror.

La situación del Servicio Veterinario en aquellos años

El veterinario primero Clemente Martínez Herrera, del Grupo de Regulares Indígenas de Melilla, en su memoria Organización del Servicio Veterinario Regimiento, estadística de los años 1924 y 1925, escribía lo siguiente:

«...Es evidente que, por motivos diversos, los veterinarios militares tropiezan con grandes inconvenientes, el mayor de todos la falta de una legislación protectora, para establecer un servicio regimental en forma [...]. Por la categoría de mi empleo, carecí durante nueve años de la responsabilidad y dirección del servicio veterinario de los Cuerpos donde fui destinado.

Si la Veterinaria Militar no rinde al Ejército la utilidad que por su ciencia debería exigírsele, es a causa de su arcaica organización [...]. La organización de hospitales y enfermerías, que hace tantos años que se viene pidiendo...

En noviembre del año veinte –y al mismo tiempo que los tabores de infantería se alojaban en la nueva residencia de Nador –, dispuso el primer jefe teniente coronel Sr. Núñez de Prado (Medalla Militar Individual por su labor al mando de tropas en el territorio de Melilla, y especialmente por el intento de abastecimiento a Igueriben realizado el 19 de julio de 1921), la organización de la Enfermería Regimental, bajo la dirección del veterinario 1º, un sargento encargado de la tropa y documentación, un herrador de primera, y tantos soldados enfermeros como exigiera la proporción de uno por tres mulos. Los caballos de los oficiales ingresarán siempre acompañados del soldado ordenanza encargado de su limpieza.

La independencia de la Enfermería, y con la única dirección y responsabilidad del veterinario primero ante el primer jefe, demostró su buen resultado [...]. Reconociéndolo así el primer jefe, pensó en organizar otra enfermería para los escuadrones destacados en Zeluán, donde el gran efectivo de ganado lo exigía, pero los sucesos del veintiuno lo impidieron.

Fue siempre nuestra pesadilla abastecer de agua al ganado enfermo. El pozo primitivo, no muy lejano de la Enfermería, se secó, y se adquirió una carricuba para la traída de agua del depósito de Tahuima, a dos kilómetros de distancia. A 22 metros de profundidad, perforando en roca 18, encontramos el precioso líquido, que, sino excelente, reúne las condiciones apropiadas para el consumo de tropa y ganado [...].

Pequeña autoridad y escaso prestigio posee el servicio veterinario. Si el veterinario de Cuerpo cumpliera en la práctica la letra de los reglamentos, se vería de continuo inmovilizado en sus funciones [...]. El excelente criterio de jefes y oficialidad siempre nos ha permitido desarrollar nuestra acción profesional en la medida que la organización reglamentaria consintiera. Más la gracia concedida y no el derecho reconocido, mortifica siempre la dignidad del hombre culto, temeroso a perpetuidad de verse preterido por acciones mal interpretadas y siempre ejecutadas por amor al servicio».

Unos años antes, en 1919, la Revista Veterinaria Militar publicó unas notas sobre la linfangitis epizoótica y la profilaxis antimuermosa, en un

extenso estudio del veterinario francés Henri Velu, a la sazón director del Servicio de Estudios Veterinarios de Casablanca, del Protectorado francés, de gran utilidad para los servicios de veterinaria de África para diferenciar aquella enfermedad del muermo, una grave zoonosis incurable.

Los veterinarios militares tenían formación en Higiene, incorporándose decididamente a los nuevos conocimientos sobre microbiología y técnicas de diagnóstico. En 1916, el muermo –grave enfermedad zoonótica producida por la bacteria *Burkholderia mallei*– quitó la vida al veterinario primero (capitán) Juan Igual Hernández, cuando realizaba nuevos experimentos y observaciones en la enfermería de ganado de la guarnición de Melilla y cuyas muestras biológicas remitía periódicamente al Instituto de Higiene Militar. El capitán Igual se había consagrado al estudio de esa enfermedad; fruto de sus trabajos publicó sus observaciones en un excelente libro: *Del Muermo. Estudio clínico y experimental de esta enfermedad. Valor diagnóstico de los distintos métodos de maleinización conocidos hasta el día de hoy*. En el periódico *ABC* del miércoles 4 de abril de 1917, se publicó: «Concediendo la cruz del Mérito Militar, pensionada, al veterinario primero D. Juan Igual Hernández, recientemente fallecido, en recompensa por una obra de que fue autor».

Las circunstancias que dieron lugar al Desastre se venían incubando desde bastante tiempo atrás. De nada sirvió, al parecer, las experiencias sufridas con anterioridad, como la emboscada rifeña en el Barranco del Lobo, las advertencias de algunos mandos en las que reseñaban repetidamente lo arriesgado del despliegue de las tropas españolas en aquellos agrestes y yermos territorios. El no disponer de agua en las fortificaciones y asentamientos, teniendo que realizar las llamadas “aguadas” a considerables distancias, batidas por las cabilas enemigas. Para tratar de evitar bajas de soldados de reemplazo y mal adiestrados, se confió en tropas indígenas y se armó a las cabilas consideradas amigas. Pero no es este el propósito del artículo, si no únicamente ofrecer unas pinceladas referidas a un grupo de oficiales veterinarios, todos muy jóvenes, que se sacrificaron en medio de terribles penalidades y dieron su vida por su país, víctimas del salvajismo y la traición.

El año anterior, en *La Semana Veterinaria*, del lunes 11 y 18 de octubre de 1920, núm. 41 y 42, se hacía referencia al comportamiento en combate de un veterinario:

«Conducta ejemplar: Cuando el fuego era más intenso –escribe el Heraldo de Melilla–recorrió varias veces las guerrillas, auxiliando a los heridos, retirando a hombros a los que no podían hacerlo por su pie, entre ellos algunos policías indígenas que recibieron graves lesiones durante el combate, no fueron rema-

tados por el enemigo merced a la diligencia del veterinario D. Manuel Ulierte Torres, segundo de las tropas de Policía Indígena de Melilla, en retirarlos de la avanzada. No solo recibió la felicitación de su coronel, sino también la del comandante general». Ulierte había nacido en 1892 y ascendió a veterinario segundo (teniente) en 1917, siendo destinado a la Comandancia de Artillería.

En el anuario militar de 1921, figuran 279 veterinarios, de ellos 22 destinados en Melilla, de los cuales 5 murieron en combate. El Regimiento de Alcántara 14 contaba con 858 cabezas de ganado, de un total de 5.338 adscritas a la Comandancia Militar de Melilla. En julio de 1921, era jefe de Veterinaria Militar de la plaza el veterinario mayor (comandante) D. Baltasar Pérez Velasco, de 47 años de edad.

El alférez de complemento Juan Maroto y Pérez del Pulgar (transcripción del día 23 de julio de 1921 hasta la caída de Zeluán, correspondiente al día 31 de julio), escribió:

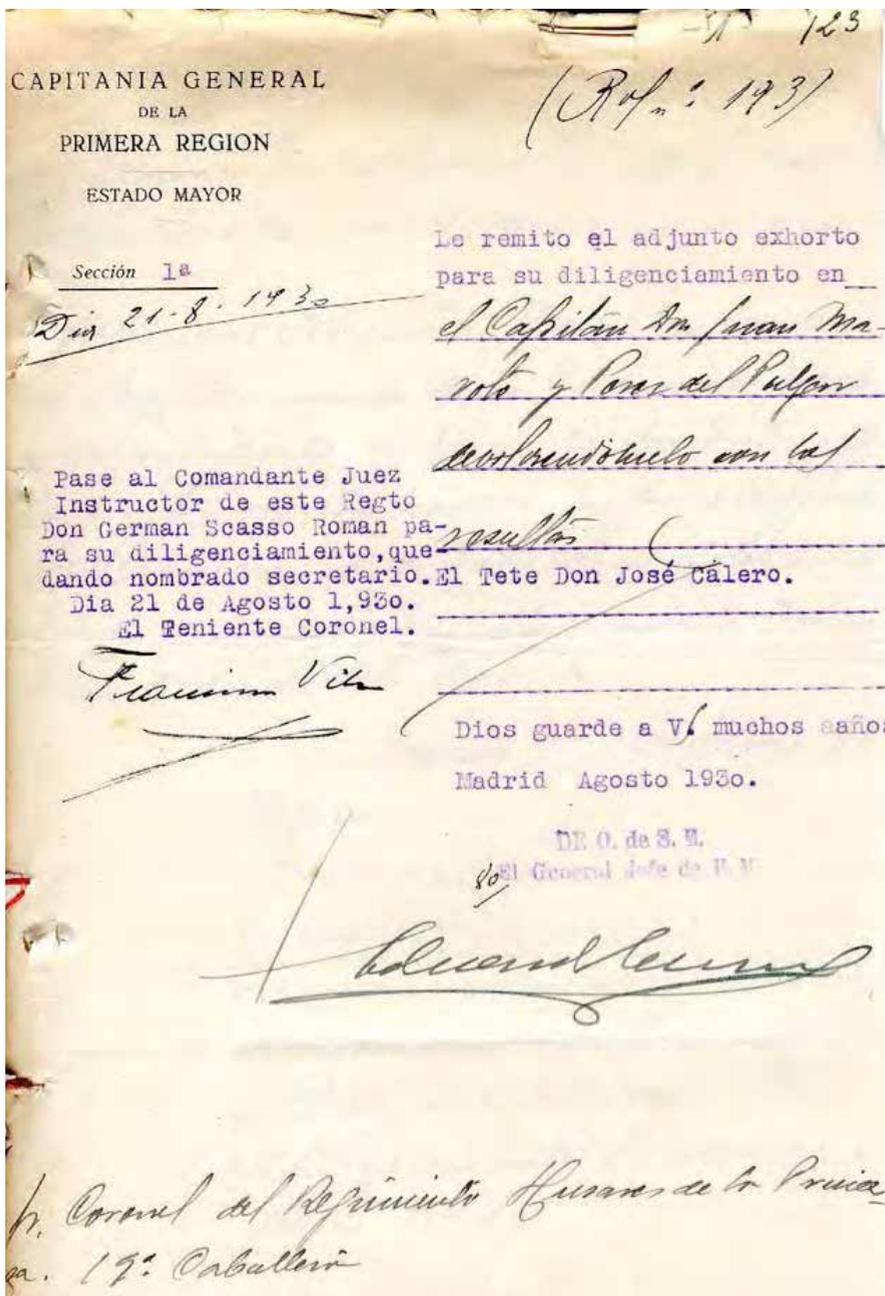
«Con gemelos podíamos apreciar concentraciones enemigas, con bastante caballería, en el Zoco de Aben-Ranhail, así como la construcción de trincheras en las lomas de Buguein-Zein, y cómo durante el día un valiente oficial de la alcazaba, seguido de varios soldados, y a la bayoneta, desalojaba de enemigo el cementerio, mientras hacían la aguada. En el cautiverio pude enterarme que ese heroico oficial era un veterinario [López Sánchez]».

Y continúa más adelante:

«Los cadáveres insepultos de los oficiales y tropa que perecieron en el trayecto del aeródromo y la alcazaba para intentar traernos víveres, y los caballos, que a medida que morían los echaban fuera de la alcazaba, despedían un olor nauseabundo, y por la noche resplandecían los fuegos fatuos».

Ya capitán, Maroto prestaría declaración en el juicio contradictorio para la concesión de la Laureada al Regimiento de Caballería Alcántara 14.

El entonces alférez Maroto llegó de Melilla el 25 de junio de 1921; a las siete de la mañana cogió el tren que le llevaría a Nador, y haciendo transbordo llega hasta Tistutin, donde finalizaba el ferrocarril en aquella época. Para llegar a Dar Drius la única posibilidad era desplazarse en vehículo (camioneta). La primera impresión que tuvo este oficial de la posición de Dar Drius no pudo ser más negativa ya que al calor asfixiante se le unía un fuerte viento que levantaba columnas de polvo. El campamento estaba sucio y con casi todas las tiendas rasgadas. El mando de la posición corría a cargo del teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, del Regimiento San Fernando 11 de Infantería. Maroto también se presentó al alférez Sousa, que se convertiría en su compañero de fatigas desde entonces.



Exhorto al capitán Juan Maroto para prestar declaración en el juicio contradictorio sobre la concesión de la Laureada al Regimiento de Caballería Alcántara 14

Cada escuadrón poseía una tienda cónica para sus oficiales y para el veterinario, pero la del 2.º escuadrón solo estaba ocupada por el veterinario Vidal Platón Bueno y por Pérez de Guzmán, ya que Sousa había decidido dormir en el de ametralladoras. En África era costumbre, entre los miembros del arma de Caballería, que se reuniesen para comer cuando estaban juntos en un campamento. Aquello se llamaba, de manera popular, «República» y se organizaba para comer mejor y barato. Los oficiales no comían del rancho. Los comensales en aquella ocasión fueron Triana, Manterola, Galindo, Sousa, Vidal Platón y los oficiales médicos Víctor y Modesto García Martínez.

Los caballos del escuadrón no alcanzaban el nivel deseable... «El ganado estaba sometido a duros cambios de temperatura, el sol abrasador durante el día y al continuo viento, tierra y polvo. Por estas causas y porque ingería mucha tierra con el pienso y el agua la bebían con dificultad, por venir casi siempre muy revuelta la del río Kert [...]. Dar Drius se había ocupado hacía varios meses [...]. Se construían cobertizos para la tropa y para el ganado, con pesebres de adobe adecuados, con el fin de que no vivan a la intemperie» (*Diario del alférez Maroto*, pág. 5).

Este oficial de caballería se mueve para solventar los problemas que ha visto en la unidad. Un amigo de intendencia le proporcionó veinte petacas de gasolina que sus soldados transformaron en cubos de agua para conseguir que los animales bebiesen una mayor cantidad de líquido, y más limpio, disminuyendo notablemente los cólicos que padecía el ganado. (*Morir en África*, págs. 147-8).

Cuenta Maroto que cuando se presentó al jefe interino del escuadrón, el teniente Pérez de Guzmán «lo encontré en cama, cubierto de muchos metros de gasa para preservarse de las moscas y mosquitos que allí abundaban».

Eduardo Pérez Ortiz, de tendencia republicana y algo desaliñado según las fotografías disponibles, en unión del general Navarro, el coronel Silverio Araujo, de infausta memoria, el teniente coronel López Gómez, el comandante Gómez Zaragoza y otros oficiales –que serían rescatados después de año y medio de reclusión en Axdir, tras el pago, por parte del gobierno, de una importante cantidad de dinero para aquellos años– sobrevivió a la dantesca masacre de Monte Arruit. Unos días antes, el teniente coronel Primo de Rivera –al mando del Regimiento Alcántara tras la muerte del coronel Manella en la retirada de la posición de Annual– murió de gangrena tras haberle sido amputado un brazo destrozado por la metralla, después de su ejemplar comportamiento en la defensa de la posición y de la gloriosa actuación de su unidad cubriendo la retirada, habiendo sacrificado en tal

empeño más del ochenta por ciento de sus efectivos. Sin embargo, durante las declaraciones del juicio contradictorio para la concesión de la Laureada a ese regimiento, Pérez Ortiz, sería el único declarante, tal como puede comprobarse en los documentos, que se mostraría contrario a tan alta distinción –la Corbata Laureada– a esa heroica unidad, y en sus declaraciones manifestó que «solo habían cumplido con su deber».

57

**CIRCUNSCRIPCIÓN
DE
CEUTA-TETUÁN**
ESTADO MAYOR

Remito a V.S. diligenciado en el
Coronel de Infantería Don Eduardo Pérez
Ortiz, el exhorto que para tal fin
me envió con su escrito n° 810 del 12
de mayo último.

Dios guarde a V.S. muchos años.

Ceuta 3 de Junio de 1.930

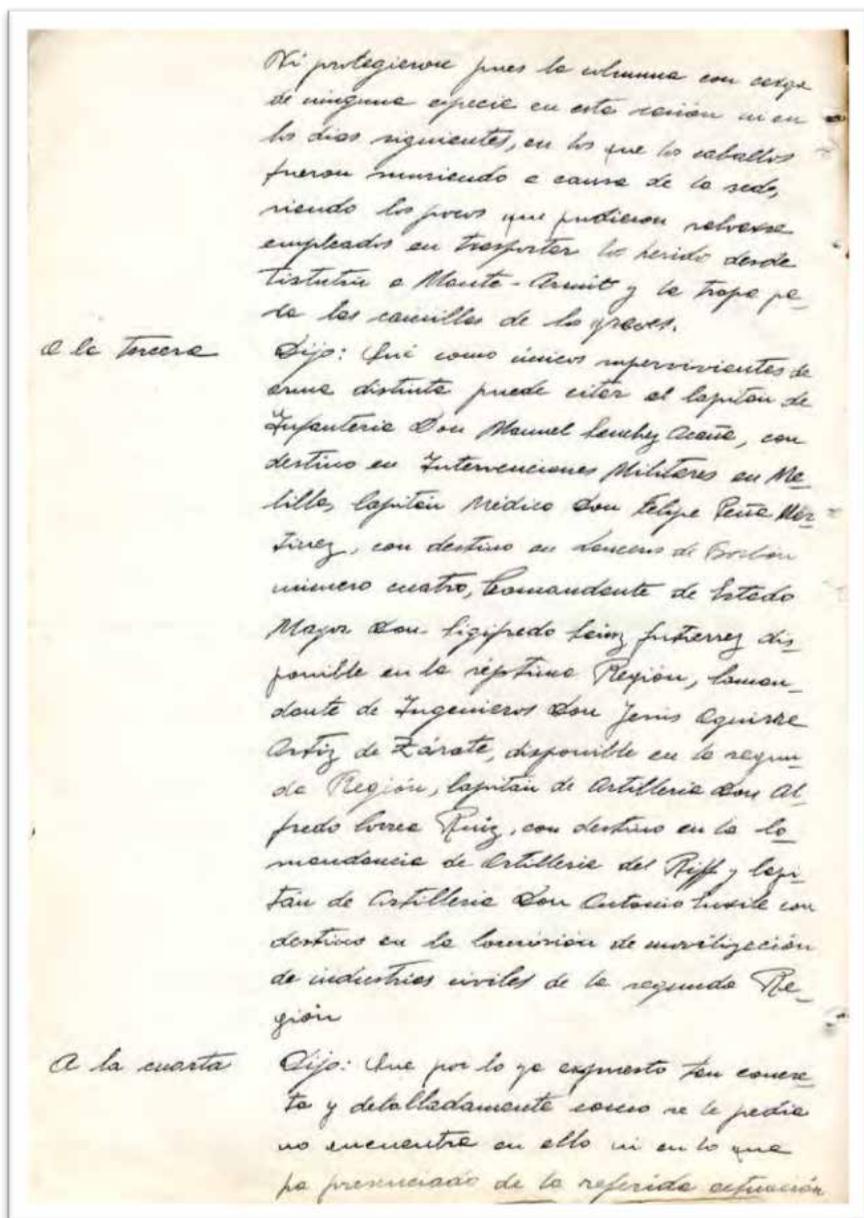
José Abent

Sección 38

De 446. 5-G. 20 C

Señor Comandante Juez Permanente Don Manuel Ramírez.-

Melilla.-



63

mativo alguno que haga merecer al di-
cho Regimiento a la concesion de la
Cruz de la Real, Militar Orden de
San Fernando.

Preguntado. Si tiene algo más que decir: Dijo que
no, que lo dicho es la verdad en descargo
del juramento prestado.

En este estado el señor Juez dió
por terminada esta diligencia y leida
que fue por el interesado se afirmó y
ratificó en su contenido firmandole
con el señor Juez y presente secretario
que certifico.

Luis Dada

Eduardo Recuero

Eduardo Recuero.

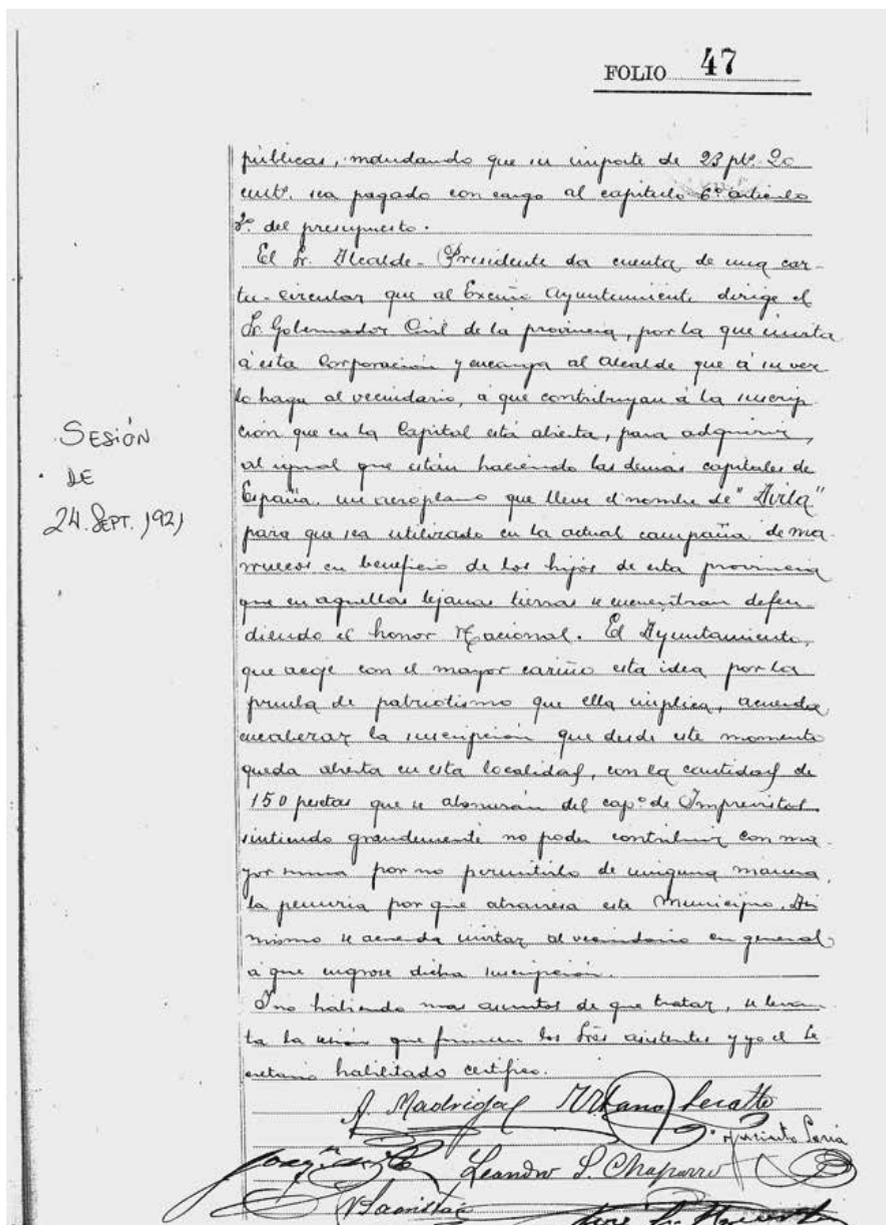
Entregó

En leida a veintiseis de Mayo de mil novecien-
tos treinta, el señor Juez despues de haber oído el depo-
sición de ambos partes el presente exhorto una
vez diligenciado al excelentísimo señor Jefe
de este Circunscripción para su curso el
Juzgado de procedimiento.

Luis Dada

Conste y certifique.

Eduardo Recuero.



Libro de sesiones del Ayuntamiento de Barco de Ávila en la que se da cuenta de una circular del gobernador civil de la provincia, solicitando la suscripción para la adquisición de un aeroplano para la campaña de Marruecos, 24 de septiembre de 1921. (Cortesía del Ayuntamiento de El Barco de Ávila)

En *El Telegrama del Rif*, del día 27 de agosto de 1921, se publicó una interesante información acerca de cómo halló la muerte el cadete de Infantería de Toledo Julio Llompart, que había llegado a Melilla en unión de un hermano suyo para ver a su padre; de allí tuvo que marchar a Zeluán donde ambos fallecieron. En el Diario de Cuenca, del viernes 2 de septiembre de 1921, y en el diario La Época, Madrid, del lunes 29 de agosto de 1921, se hace referencia a la familia Llompart –ascendientes por vía materna de quien escribe estas líneas-, de la cual ciento dos integrantes habían muerto en las guerras de Melilla a manos de los moros.

La historiadora republicana francófila M. R. de Madariaga, sería una furibunda defensora de las cabilas del Rif durante la guerra de Marruecos. Declarada comunista, en sus escritos dejó de un lado las salvajes matanzas de aquellos infortunados soldados, mal adiestrados y pertrechados, que sufrieron el martirio por la estulticia, incapacidad y fatuidad de muchos mandos.

Por entonces, eran frecuentes las suscripciones populares para ayudar a los soldados destinados en Marruecos. Así, se establecían donativos, corridas de toros, recogidas de tabaco, o incluso contribuciones para adquirir un aeroplano.

Como se ha señalado más arriba, en aquellos días estaban destinados en Melilla 22 oficiales veterinarios, de estos 5 murieron en combate.

Eduardo Ángel Caballero Morales, nació en Bedmar (Jaén), el 5 de agosto de 1895, en la calle de la Cárcel (denominación que mantuvo hasta 1918).

Sus padres fueron Juan Caballero Ruíz, veterinario titular del ayuntamiento de la localidad, y Ángeles Morales Loxa, natural de Arjona (Jaén) de origen hidalgo, que conformarían una familia de diez hijos, de los que solo tres alcanzarían la edad adulta (Juan de Dios, Ángela y Eduardo). Fue bautizado en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de esa villa. Realizó sus estudios primarios en la Escuela de Niños, que se había instalado en la antigua ermita desamortizada de San Marcos de la localidad.



En 1910 se trasladó a Madrid para continuar los estudios de Segunda Enseñanza, aprobando el examen de ingreso en el Instituto General y Técnico de San Isidro, en régimen de enseñanza libre, donde estuvo matriculado hasta 1912. Buen estudiante, sobresalió en geografía y latín. Durante esos años vivió en la calle Alfonso VI, 1- 4.º 3, de Madrid, junto a su hermano Juan de Dios, estudiante de Farmacia.

En agosto de 1917 ingresó en el Ejército en la Caja de Reclutamiento de Jaén, donde permaneció hasta enero del año siguiente. A partir de esa fecha, en la que ya es soldado activo, pasa al Regimiento de Infantería León 38, con sede en Madrid, y jura bandera el 17 de marzo de 1918. Es veterinario auxiliar desde mayo de 1918 hasta marzo de 1919, realizando prácticas en la Escuela Central de Tiro del Ejército, en Madrid.

Ingresó en el Cuerpo definitivamente por R.O. núm. 73, de 29 de marzo de 1919, quedando séptimo en los ejercicios de acceso y es destinado al Regimiento de Cazadores de Lusitania núm. 12 de Caballería, con base en Granada.

Tras una breve estancia de prácticas en la Academia de Sanidad Militar de Madrid, permanece en este Regimiento hasta diciembre de 1919, en que por Real Orden del 29 de diciembre de ese año, es destinado al Regimiento Alcántara 14 de Caballería, una unidad considerada de élite.

Entre enero y junio de 1920 participa en diversas operaciones de abastecimiento y control de las rutas de suministros que ya se extienden hasta Annual. Hay que tener en cuenta que en aquellos terrenos empinados y rocosos, con hondonadas y cortados producidos por la erosión, el empleo de vehículos a motor era mínimo, quedando la mayor parte de las operaciones de transporte de suministros a cargo de mulos, que resultaban imprescindibles para mantener conectada y abastecida la línea del frente.

En mayo de 1920, parte para Buxada para incorporarse a la columna del teniente coronel Fernando Primo de Rivera, y acompaña el avance de las tropas sobre el territorio del Rif oriental, que dieron como resultado la ocupación de las posiciones de Haman y Tamasousit norte, regresando el 16 de ese mes a Kandussi, plaza situada entre Dar el Quebdani y Segangan, en la que permaneció hasta mediados de junio.

Con su regimiento opera desde la base de Kandussi, y bajo las órdenes del coronel Rafael Pérez Herrera y su 2.º el teniente coronel Fernando Primo de Rivera y Orbaneja participa en la toma de diversos enclaves como Tafersit, Midar y, el 24 de junio, Chaif y Albadda; regresando a Buxada, donde permanecieron hasta el día 30, en que volvieron a Kandussi.

Entre los días 7 al 12 de agosto formó parte de la columna mandada por el coronel Pérez Herrera. Una vez concluida la operación regresó nue-

vamente a Kandussi, donde permaneció hasta noviembre, cuando recibió el orden de marchar a Segangan, permaneciendo allí hasta final de año. En marzo de 1921, estando destacado en Segangán, alcanza por antigüedad el grado de veterinario 2º.

El 21 de julio de 1921, formando parte de la columna a las órdenes del teniente coronel Primo de Rivera, salió para Annual desde Dar Drius, estando presente en el intento efectuado en dicho día de aprovisionar la asediada posición de Igueriben, sin conseguirlo, regresando nuevamente a su base. Al día siguiente, integrado en la misma columna, salió de nuevo para Annual, asistiendo, en las inmediaciones de Izumar, a la retirada de las tropas de aquella posición, operación en la que su regimiento contribuyó decisivamente al contener al enemigo, facilitando así la retirada de las tropas hasta Dar Drius. También contribuyeron a la retirada y repliegue de las tropas del general Navarro desde aquella posición al Batel, Tistutin y Monte Arruit, entre el 23 y 29 de julio de 1921.

El día 23 de ese mes, Caballero Morales tomó parte en las brillantes cargas de caballería al mando de Primo de Rivera, acontecidas en el cruce del río Igan, para desalojar al enemigo que se había parapetado en el cauce seco impidiendo el paso de los camiones de heridos. Tras las enormes bajas sufridas por el regimiento—al final de la contienda habría desaparecido como unidad—, la última carga se hizo a pie. Solo 67 hombres lograron alcanzar la posición de El Batel, donde se reorganizaron y replegaron a Tistutin y, posteriormente, a Monte Arruit.

Morales fue condecorado con la Cruz de plata con distintivo rojo, el 2 de junio de 1920. Por R.O. de 6 de junio de 1921, es condecorado nuevamente con la Medalla militar de Marruecos con el pasador «Melilla». Cruz al mérito militar con distintivo rojo, a título póstumo, en 1925.

Se desconoce las circunstancias de la muerte del valiente veterinario, y si ésta se produjo antes o durante la defensa de la plaza, o fue vilmente asesinado tras la rendición de aquel enclave.

En 1935, se le dedicó una placa conmemorativa en la fachada de su casa natal de Bedmar, eliminada al parecer en los años 70, que tenía la siguiente leyenda: «*En esta casa nació D. Eduardo Caballero Morales, Teniente de Veterinaria Militar, que desapareció trágicamente en los Sucesos de Annual el 21 de julio de 1921. R.I.P.*»

Tras mantener contacto con los últimos alcaldes del municipio de Bedmar, estos ediles no se han mostrado dispuestos a facilitar ningún tipo de información al respecto.

Vidal Platón Bueno, veterinario tercero, había salido de la Academia en septiembre de 1920 y había sustituido en el regimiento Alcántara 14 de Caballería al veterinario Luis Doménech Lafuente, que solo cuatro meses antes del Desastre había ascendido a veterinario segundo. En el periódico *ABC*, del miércoles 29 de septiembre de 1920, edición de la tarde; pág. 19, bajo el epígrafe Información militar. Nuevos veterinarios. Aparece la relación de ingreso de nuevos veterinarios en el Cuerpo de Veterinaria Militar, entre ellos Vidal Platón, que habían sido nombrados veterinarios terceros, son 14. El 4 de octubre se incorporó a la Academia de Sanidad Militar para efectuar las prácticas correspondientes, tal como se señalaba en la propia orden de ingreso. Prestó juramento de fidelidad a la Bandera el 1 de noviembre de 1920.



Años después, el ya veterinario primero Doménech, de la Sección Móvil de Evacuación Veterinaria de la segunda brigada de Montaña, pasaría al Establecimiento de Cría Caballar del Protectorado (V), por Orden Circular del Ministerio de la Guerra de 23 de mayo de 1932 (D.O. núm. 126). De ello se hace eco *La Semana Veterinaria*, boletín profesional de la Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias, en su núm. 806; de 5 de junio de 1932.

Vidal Platón nació en Pinto (Madrid), el 3 de noviembre de 1898. Hijo de Sixto Platón Nieto y de Paula Bueno Tostado, prestó juramento de fidelidad a la Bandera el 1 de noviembre de 1920. Alcanzó el empleo de veterinario 3.º por oposición: 28 de septiembre de 1920 (D.O. núm. 219). Según consta oficialmente, residía en Madrid en la calle Cava Alta, 5. Brevemente pasó por los siguientes destinos: Regimiento de Infantería Covadonga, n.º 40, en octubre de 1920, Regimiento de Cazadores Almansa, n.º 13 de Caballería, el 17 de enero de 1921 (D.O. núm. 13), y el 23 de marzo de 1921 (D.O. núm. 66) se incorporó al que sería el mítico regimiento de Cazadores Alcántara n.º 14 de Caballería, encuadrado en la P.M.M. Según su hoja de servicios la especialidad en que se distinguía era la Técnica general Bacteriológica.

He realizado algunas pesquisas en el Ayuntamiento de Pinto, pero lamentablemente en el Archivo Municipal no se encuentra documentación de aquellas fechas, ya que se corresponden con la de los archivos que se destruyeron en la Guerra Civil, y «nuestro fondo empieza en 1937», me comunicó Dña. María Isabel Elvira Nacar, que amablemente me atendió y que realizó algunas indagaciones en el Archivo Parroquial, principalmente en los libros de bautismos, encontrando que faltaban los correspondientes al periodo comprendido desde 1831 a 1903.

Refiere Maroto en su diario, con fecha 8 de julio de 1921:

«...Asistí a una comida mora. Terminado mi servicio en el escuadrón, mi comandante me autorizó para que fuera con el alférez Sousa y el veterinario Vidal Platón a dicha fiesta. Fuimos a la casa de la policía a recoger al teniente Urenda. A las dos de la tarde, los nombrados y el alférez moro Sidi Mohamed-Bufragi emprendimos la marcha a la zagüia de Sidi Mohamed-Ben-Al-La. Estaban esperándonos éste último, dos o tres moros, D. Julio Fortea, capitán de la Policía Indígena, y el teniente médico que no recuerdo su nombre».

Se da por cierto que falleció en Monte Arruit el 9 de agosto de 1921. Valor acreditado. Fue enterrado el 26 de octubre de 1921. Sus restos se encuentran en el Panteón de Héroes del cementerio de Melilla, fila 4, nicho 12.

Sin embargo, tal como queda reseñado en el documento adjunto, en el que se establece una relación nominal de las bajas ocurridas al Regimiento de Cazadores Alcántara 14, de Caballería, entre los días 17 de julio a 1 de agosto de 1921, figuran los nombres de los veterinarios Eduardo Caballero Morales y Vidal Platón, así como el del capellán D. José Campoy Irigoyen.

Se concedió a la madre de Vidal Platón una pensión anual de 3.500 pesetas (D.O. núm. 229, de 16 de octubre de 1923).

Ambos oficiales veterinarios participaron con arrojo en la defensa de la posición, en el frente comprendido entre la puerta principal y los hornos de intendencia. El teniente médico del Regimiento de Cazadores de Alcántara 14 de Caballería D. Modesto García Martínez había desaparecido antes de llegar a Arruit, seguramente durante la retirada de Tistutin; los veterinarios D. Eduardo Ángel Caballero Morales y D. Vidal Platón Bueno desaparecieron durante la evacuación de Monte Arruit, en aquel infame y salvaje acto perpetrado por las turbas moras el 9 de agosto de 1921, (en el archivo del cementerio de Melilla, en la hoja referente a Vidal Platón, asiento 1.358, figura la fecha del 7 de agosto y hay un error en la transcripción de su segundo apellido), así como el capellán D. José María Campoy Irigoyen, natural de Jaca, que con suprema dedicación atendió a tantos moribundos en sus últimos momentos, entre ellos al laureado Tcol. Primo de Rivera.

84

REGIMIENTO CAZADORES de ALCANTARA 14 de CABALLERIA

Relacion nominal de las bajas ocurridas al expresado durante los dias del 17 de Julio a 1 de Agosto de 1.921.

Empleo.	Nombres.	H.
Coronel.	D. Francisco Manella Anaes	1
Ponete Coronel	D. Bernardo Primo de Rivera y Orbaneja	1
Comandante	D. Tomas Berrocoso Planas	1
Capitan	D. Julian Triana Blasco	1
id	D. Arturo Balenilla Espinal	1
id	D. Ramon Arce Iradier	1
id	D. Mauro Fernandez Tejedo	1
	Suma.....	4
Teniente	D. Francisco Climent Perez	1
id	D. Jose Arce Cuadra	1
id	D. Ramon de Leon y Font de Mora	1
id	D. Ramon del Campo y Cantalapiedra	1
id	D. Jose de Mantecola y Ramirez de Cartagena	1
id	D. Gerardo Garcia Castanos	1
id	D. Angel Calderon Gastela	1
id	D. Luis Cistus Castro	1
id	D. Victoriano Pan Elvira	1
	Suma.....	9
Alferez	D. Rafael Souza Souza	1
id	D. Fernando Diaz de la Guardia	1
	Suma.....	2
Ponete Medico	D. Modesto Garcia Martinez	1
veterinario 2	D. Eduardo Caballero Morales	1
id 3	D. Vidal Platon Bueno	1
Capellan 2	D. Jose Ganpoy Irigojen	1
Suboficial	D. Rafael Torress Dominguez	1
id	Jose Enciso Saliano	1
id	D. Jose Vidal Vera	1
	Suma.....	3
Sargento	Tomas Beltran Hiralles	1
id	Gonzalo Marquez Perez	1
id	Arturo Lopez Rios	1
id	Miguel Rivera Lizcano	1
id	Jose Obregon Sanperic	1
id	Ramon Lopez Hernandez	1
id	Angel Diaz Antona	1
id	D. Joaquin San Cristobal Corcoles	1
id	Venancio Alonso Lozano	1
id	Mariano Arroyo Felipe	1
id	Pedro Lopez de Haro	1
id	Francisco Queco Sanchez	1
id	Bernardo Biznes Diaz	1
id	Jose Fernandez Alonso	1
	Suma y sigue.....	14

17

El día 9, se evacuó la posición previa capitulación que no respetó al enemigo, asesinando villanamente a casi todos los defensores, siendo librado al General de Villarro y Oficiales que con él salieron, por algunos moros que obedecieron a Ben-Hassil, antiguo amigo que fué de España; el número de víctimas fué casi de tres mil, cuyos restos fueron encontrados insepultos el día de la reconquista. Las fuerzas que del Regimiento llegaron a Zelusa, 54 entre clases y soldados ocuparon la Alcazaba el 23 de Julio, sumándose con los que habían llegado antes, 300 hombres; presentándose voluntario el Alférez de complemento de éste Regimiento D. Juan Barreto para la defensa del Acóróromo, distante 400 metros, con fuerzas del Regimiento no obstante haber de otras Armas y en un mayor número; en uno de los combates que con 20 hombres hizo el Capitán D. Jacinto Fraile, encontró honrosa muerte. Durante la defensa que duró 9 días se distinguió extraordinariamente el Cabo Emiliano Bañuelo de la sección de Ametralladoras, quien no se separó ni un momento de su puesto, sirviendo la ametralladora que no abandonó ni para hacer sus necesidades, resistiéndose constantemente entre el pestilente olor del aire viciado que se respiraba, teniendo cerca muchos cadáveres de moros, soldados y animales muertos. El soldado del quinto Escuadrón, residente en Acóro, salía diariamente a hacer aguada montando a pelo sobre su caballo y llevando otro de mano; se prestó voluntario a los convoyes llevados al Acóróromo, guardando siempre ser empleado en las ocasiones de mayor peligro. El día 3 de agosto capituló esta posición, siendo asesinados como en Monte-Arruit sus defensores, salvándose únicamente del Regimiento, los Tenientes D. Francisco Bravo y D. Luis Martín Galindo y tres o cuatro de tropa, entre ellos un Suboficial. Todos los demás fueron muertos ó prisioneros al Alférez de complemento D. Juan Barreto y Teniente D. Luis Martín Galindo, siendo el único evadido el Teniente Bravo. Del resto de Oficiales se hace mención en el Cuadro de Honor que al final se consigna, que para finalizar las páginas de heroísmo de éste Regimiento, han grabado las víctimas de su dudar que sellaron con la muerte su comportamiento durante los luctuosos días de los hechos narrados anteriormente, que demuestran la disciplina, alto espíritu, abnegado valor y ejemplo que éste Regimiento ha dado en su conducta, y entusiasmo, á las órdenes del Teniente Coronel Don Fernando Primo de Rivera y Urbanoja, Jefe que supo mandar hasta el último momento, dar ejemplo, ánimo y valor á su tropa, encumbriéndola en aras de la Patria con los demás Jefes, Oficiales y Tropa que en sus puestos encontraron con sus Jefes gloriosamente.

ESTADO QUE SE CITA

(JEFES Y OFICIALES)

	Coronel	Tte. Coronel	Coman. dante	Capitanes	Tenientes	Alféreces	Capitanes	Médicos	Veterinarios	TOTAL
En filas.....	1	1	2	7	12	5	1	1	2	32
Bajas.....	1	1	2	6	9	5	1	1	2	28
Existen.....	"	"	"	1	3	"	"	"	"	4

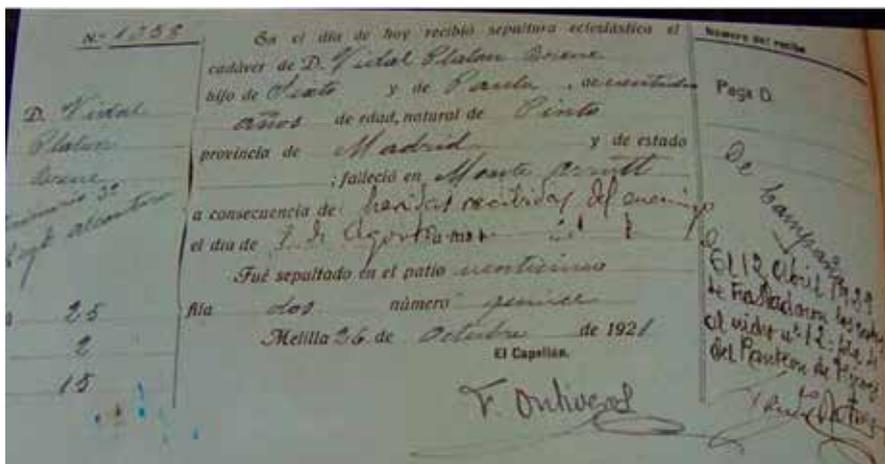
OBSERVACIONES: El Coronel y Capitán Ayudante, sucumbieron en la posición de Anual

TROPA

	Suboficiales.	Sargentos	Cabos	Trompetas	Herradores de			Soldados de		TOTAL
					1ª	2ª	3ª	1ª.	2ª.	
En filas.....	4	20	65	15	4	5	6	17	549	665
Bajas.....	3	17	54	13	2	4	5	14	411	523
Existen.....	1	3	11	2	2	1	1	3	138	162

En el Zoco de T'leta había en el mes de Julio un destacamento de sección al mando de un Sargento, en total 23 hombres, los que en la madrugada del 23 de Julio el evacuar la guarnición esta posición, protegen la retirada en extrema retaguardia de la columna al mando del Teniente Coronel del Regimiento Infantería de Africa D. Saturnio García, defendiendo con fuego la marcha sin dejar de caer al enemigo, siendo muertos el sargento, un cabo, un herrador y 12 soldados; y heridos otros varios: En este destacamento estaba el Veterinario tercero Don José Montoro que tomó parte activa en la retirada, internándose con la columna en la Zona Francesa. Todas las víctimas inscriptas en el Cuadro de Honor que pertenecieron al heroico Regimiento y que encontraron gloriosa muerte en defensa de otras fuerzas, merecen la gratitud de la Patria y la admiración de los compañeros del Arma que sacrificó un Regimiento para salvar la retirada de una columna que hubiera perecido toda no contando en ella los valientes Cazadores del Regimiento Alcántara que á las órdenes del Teniente Coronel Primo de Rivera, Jefe accidental del Re-

Relación de bajas habidas en el Regimiento Alcántara 14



Tal como consta en el archivo del cementerio de Melilla, el 12 de abril de 1929, los restos del veterinario 3.º Vidal Platón pasaron a ocupar el nicho n.º 12, fila 4, del Panteón de Héroes (al pie de la inscripción aparece la firma del capellán D. Francisco Ontiveros). Fotografía del autor.

D. Luis del Valle Cuevas, había nacido el 21 de junio de 1890 e ingresado en el Ejército el 12 de octubre de 1917. Dos años después, el 12 de octubre de 1919, ascendió a veterinario 2.º y pasó al Regimiento Mixto de Artillería, encuadrado en el 2.º Grupo de Montaña, desplegado en Annual e Izumar, junto con otro veterinario 3.º D. Federico López Gutiérrez.

Encuadrado en la 6.ª batería de montaña del Regimiento Mixto de Artillería, que acompañaba a la columna del Regimiento de Infantería Melilla” n.º 59, llegó a la posición de Kandussi y, posteriormente, a Dar Quebdani. Se sabe que después de combatir como un valiente y de haber sucumbido en la lucha todos los individuos del grupo del que formaba parte, Luis del Valle no creyó digno rendirse al despiadado enemigo, y con la última bala de su pistola se suicidó, evitando caer preso de las hordas moras. Este hecho fue presenciado por los soldados de artillería, que así lo declararon posteriormente.



En enero de 1923, su padre, D. Bernardo del Valle, recibiría de la Sociedad de Socorros Mutuos, la cantidad de 1.582,50 pesetas. Uno de los fundadores de esta Sociedad fue Vicente Sobreviela, quien sería el primer oficial veterinario en alcanzar el generalato.

D. Tomás López Sánchez nació el 31 de enero de 1890 en Vitigudino (Salamanca), en la calle Pedro Velasco, 14. Ingresó en el Ejército el 30 de septiembre de 1913. Fue ascendido a veterinario 2.º dos años después, y se encontraba destinado en la Comandancia de Intendencia de Melilla.

En la noche del 23 de julio se despidió de su esposa. Ella tenía a su hija Anita de apenas un año en sus brazos, mientras él llevaba de la mano a Juan Antonio y Carmen, de cinco y cuatro años. Les subió al último tren que salió de Monte Arruit con destino a Melilla.

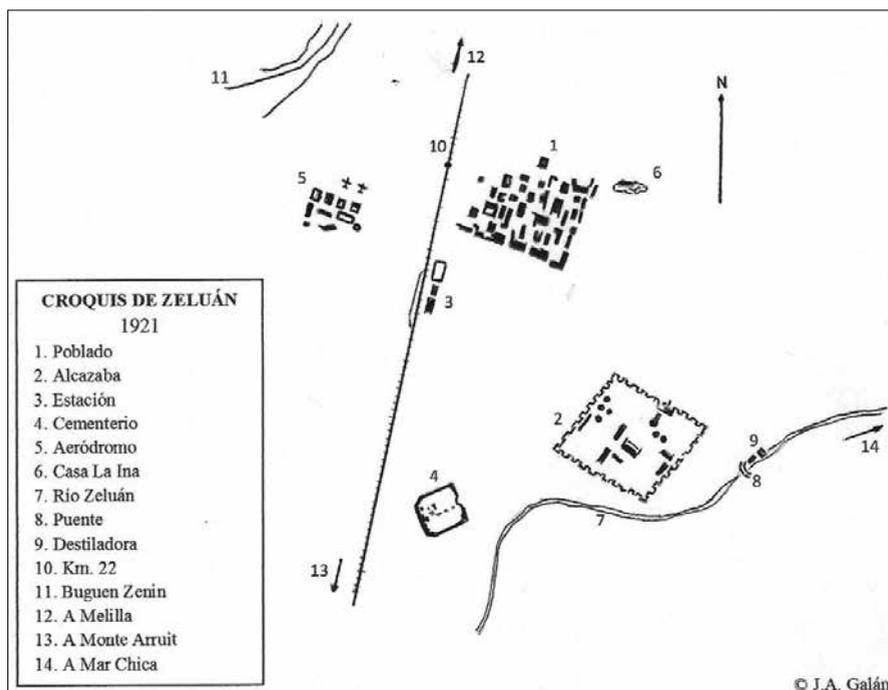
A la mañana siguiente, el capitán jefe de la posición, Sr. López Vicente, comisionó a López Sánchez para ir a Zeluán en demanda de municiones, orden que este último cumplimentó de inmediato, partiendo a caballo. Ya no podría regresar, al ser sitiado Monte Arruit.

Desde el día anterior a su llegada a Zeluán, habían comenzado a pasar soldados aislados o en grupo por delante de la posición, algunos de ellos heridos, sin armas, otros con los cerrojos de los fusiles en la mano, también mulos sueltos, algunos embastados, y todos ellos sin oficial al mando, sin organización alguna, presas del pánico muchos y diciendo lo que había ocurrido en el frente. El reguero de soldados continuó hasta el día 24, de manera que cundió el pánico entre la población civil, un gran número de la cual evacuó el poblado a mediodía en dirección a Melilla, quedando el resto refugiado en la alcazaba.

López Sánchez era un tirador de primera. En la fortaleza se apostaba en el parapeto que daba frente a la estación, que se hallaba muy batido por el fuego rifeño, y desde allí causaba cuantiosas bajas a los harqueños. Los lienzos de la alcazaba, de unos 180-200 metros, estaban reforzados con ocho torreones en cada lado con las correspondientes puertas de acceso interiores.



Pronto se cortó el agua que llegaba al recinto fortificado a través de una cañería. Con el paso de las horas la situación empeoró ya que iban llegando más enemigos a Zeluán. Hubo que retrasar las aguadas, para no perder hombres cuando salían para buscar el precioso líquido, en algún pozo ubicado fuera de los muros.



Decía *La Voz Valenciana*:

«El bizarro oficial de Veterinaria D. Tomás López Sánchez, asesinado por los moros, prestaba sus servicios profesionales en Monte Arruit y Zeluán, donde vivía, en unión de su esposa y sus tres hijos de corta edad. Al sorprenderle los sucesos, y en el último tren que salió de Monte Arruit, envió a Melilla a sus seres queridos, y en la noche de aquel día recibió orden de marchar a Zeluán en demanda de munición, que cumplió, pero sin poder regresar a Arruit por impedirselo el enemigo. En la alcazaba se ofreció voluntario para hacer la tan necesaria aguada, y en compañía de otros veinte se enfrentó al enemigo parapetado en el cementerio, logrando desalojarlo. El día 30 de julio repitió la salida y volvió a desalojar al enemigo, recogiendo diversos útiles, zapapicos y palas, y deteniendo a un “moro amigo” a quien sorprendió de noche arrojando desde la muralla municiones a los sitiadores.

En los catorce días que duró el asedio, no descansó ni un momento, siempre en los lugares de mayor peligro. Al evacuarse Zeluán no se sabe que fue de López Sánchez, se supone que fue asesinado en venganza por su heroico comportamiento, conocido por las hordas moras, como acaeció con el capitán de la Policía Indígena Sr. Carrasco (sic), a quien se le oyó decir en los últimos momentos de su vida comentando la conducta y arrojo de López Sánchez: “¡Cien laureadas pediría yo para él!”».

Escribiría el alférez Maroto en su diario:

«Con los gemelos podíamos apreciar [desde el aeródromo] cómo durante el día un valiente oficial salía de la alcazaba, seguido de varios soldados, y a la bayoneta desalojaba de enemigos el cementerio, mientras hacía la aguada. En el cautiverio pude enterarme que este heroico oficial era un veterinario».

El día 26 de julio, al frente de 30 soldados del Regimiento de Caballería de Alcántara, salió López Sánchez de la alcazaba. Su objetivo era el desalojo de los moros que ocupaban el cementerio, los cuales hacían fuego muy eficaz sobre las tropas españolas que llevaban a cabo el servicio de agua. Se entabló una lucha feroz cuerpo a cuerpo, breve pero intensa, y los rifeños fueron vencidos. Hacia las 16:00, una vez cumplida la misión, se retiraron hacia la fortaleza. «Mientras yo viva las mujeres y los niños no pasarán sed», solía decir el bravo oficial. En la fortaleza se encontraban unas cincuenta mujeres indígenas con sus hijos, familiares de los policías indígenas de la guarnición.

El poblado de Zeluán, cuyas casas se veían desde el aeródromo, había sido desalojado y se trajo al interior de la alcazaba una considerable cantidad de víveres, cerdos, borregos, cabras, y también harina. (Diario de Maroto del 23 de julio). Sin embargo, la falta de orden y control de las subsistencias motivó que se acabasen los alimentos demasiado pronto.

A media tarde, el enemigo prendió fuego al poblado en medio de un gran jolgorio, tocando por la noche la campana de la estación y gritándonos «Paisas, ya venir machina para ir a Melilla», añadiendo palabras soeces e insultos, y con grandes alaridos mostraban su júbilo.



**Vista aérea en la que se puede apreciar la alcazaba en el centro, el cementerio al fondo, hacia el lado izquierdo de la fortificación, y el poblado de Zelúa en el lado derecho.
(Fotografía cortesía del Archivo Histórico del Ejército del Aire)**



**Vista aérea de la Alcazaba de Zelúa. Al fondo el poblado, la estación de tren y, más arriba, el aeródromo. En el lado derecho se puede ver un carronato y unos mulos a la entrada del pozo. En el borde inferior, el riachuelo.
(Fotografía cortesía del Archivo Histórico del Ejército del Aire)**

López Sánchez demostró un gran arrojo y entusiasmo en la defensa de su posición. Apostado en su parapeto que daba frente a la estación del ferrocarril español de las Minas del Rif, que estaba muy batido por el enemigo, le causó numerosas bajas con su fusil ya que era un magnífico tirador. En el paño oriental de la muralla del recinto fortificado del siglo XVII, se encontraba el pozo, que estaba batido por el fuego procedente algunas trincheras practicadas por los moros.

Su comportamiento el día 26 de julio de 1921 fue heroico; al frente de veinte soldados de Alcántara [cuyos escuadrones se encontraban muy repartidos en socorro de las tropas en retirada], salió de la alcazaba para desalojar del cementerio a un grupo de moros que hacía fuego eficaz sobre el servicio de aguada. El teniente López Sánchez avanzó rápidamente con la guerrilla, apoyados por el fuego desde la muralla. En pocos minutos llagaron frente al cementerio, relampaguearon los cuchillos al armar las carabinas y a la carrera penetraron en el recinto. La lucha cuerpo a cuerpo fue breve pero intensa; los españoles quedaron dueños del cementerio y mantuvieron la ocupación hasta las seis de la tarde en que se replegaron a la posición. La hazaña se repetiría días después, el día 30. El cementerio ya había sido fortificado por el enemigo y el asalto resultó muy duro, pero de nuevo se logró desalojarlo durante varias horas.

Decía *El Telegrama del Rif*:

«Los supervivientes de Zeluán hacen grandes elogios del valeroso proceder del veterinario 2.º don Tomás López Sánchez, que prestaba sus servicios en la Comandancia de Intendencia, durante el asedio de la alcazaba». José Ortega Munilla, padre de Ortega y Gasset, escribiría en ABC: «El jefe de Caballería D. Francisco Bravo relata los hechos: “cuando se rindió la alcazaba, de cuya defensa había sido el alma, le vi por última vez [a López Sánchez], y no se la suerte que correría. Seguro que el valiente arrumí permaneció durante mucho tiempo en la memoria de los indígenas”».

Se solicitó para López Sánchez la Laureada de San Fernando por su familia y todo el pueblo de Vitigudino; sin embargo, no pudo obtener a título póstumo tan justo galardón.

Lápida colocada en la fachada de su casa en Vitigudino



Las manifestaciones de los testigos que pudieron sobrevivir a aquellos sangrientos días de finales de julio y principios de agosto, del caluroso verano de 1921, relataron lo siguiente, según dio a conocer *El Telegrama del Rif* del jueves 20 de octubre de 1921, bajo el título *El heroico veterinario militar López Sánchez*: «Los supervivientes de Zeluán hacen grandes elogios del valeroso proceder del veterinario segundo don Tomás López Sánchez, que prestaba sus servicios en la Comandancia de Intendencia de Monte Arruit».

Una noche observó que varios indígenas de los que habían quedado en la alcazaba, aprovechándose de las tinieblas y natural confusión, arrojaban al exterior armas y municiones. Con gran exposición de su vida, procedió a la detención de los traidores, encerrándolos en un calabozo. Hecho esto dio cuenta a sus compañeros de lo sucedido.

Otra vez, abandonó durante la madrugada la alcazaba, dirigiéndose a un lugar cercano, donde los rebeldes abrían trincheras, para hacer más eficaz y con menos exposición sus ataques. Destrozó gran parte de los trabajos y regresó al campamento llevando sobre sus hombros varios picos y palas que los rebeldes utilizaban en sus faenas. En todo momento dio prueba de su entusiasmo y elevado espíritu. Un día, bajo una verdadera lluvia de balas, salió por enésima vez para hacer la indispensable aguada. Su marcha fue presenciada por todos con admiración y temor. Transcurrió el día, y el veterinario López Sánchez, esperado con gran ansiedad, no regresó. Desde entonces, nada volvieron a saber los defensores de la alcazaba de su valeroso compañero. Menos afortunado que otras veces, debió encontrar la muerte en su temeraria empresa.

D. Enrique Ortiz de Landázuri Rodríguez, veterinario 2.º, estaba destinado en Annual y sufrió las pavorosas consecuencias del desastre desde el principio. «Ortiz ha sido el sufrido y resignado mártir que anduvo todo el calvario», decía en *La Semana Veterinaria* D. Clemente Martínez Herrera, uno de los veterinarios que salvaron la vida.

Enrique Ortiz nació en Madrid el 9 de marzo de 1897. Cursó la carrera de Veterinaria en la Escuela Superior de Madrid, donde su padre era profesor titular. En octubre de 1917 finaliza sus estudios en la Academia de Sanidad con el empleo de veterinario 3.º (alférez). Tras una breve estancia en Vitoria, pasó destinado al Grupo de Regulares



Indígenas 2, en agosto de 1919, ascendiendo poco después a veterinario 2º. Destacado en Annual con los escuadrones del grupo, Ortiz asistió a los duros combates que se produjeron hasta el día 22, fecha de la trágica retirada a Dar Drius (posiblemente, el posterior repliegue desde aquella constituyera un grave error del mando, dado que la posición estaba fortificada y disponía de agua próxima). Su comportamiento fue muy destacado y valiente; de día ayudando al oficial médico curando heridos y haciendo fuego con un fusil en primera línea, y de noche en el parapeto, siempre de manera llana y digna. En el combate del día 19, el más duro de cuantos se produjeron en Annual, la caballería de Regulares llegó a mezclarse con el enemigo, y Ortiz agotó la munición de su pistola, siéndole ésta arrebatada por los rifeños. Continuó defendiéndose briosamente y en unión de un exiguo grupo, consiguió llegar a Zeluán, quedando en esta plaza con los oficiales del grupo, y acompañado de López Sánchez, que de Monte Arruit se había replegado a la alcazaba el día 24.

Participó en toda la campaña y en los principales hechos de armas en los que intervino su grupo: combates de la Loma de los Árboles y convoyes a Igueriben. El 23 de julio, junto al tabor de caballería, llegó a Zeluán, siendo uno de los oficiales designados para la defensa del poblado. Se distinguió durante la defensa de la alcazaba.

Así narraba la prensa, en un artículo publicado el 23 de octubre de 1921, el heroico combate que el veterinario segundo Enrique Ortiz mantuvo contra los rifeños en posición de primera línea: «Don Enrique Ortiz, destacado con fuerzas indígenas en la primera línea de posiciones, luchó denodado en una retirada épica. Se vio acorralado por un núcleo de enemigos, que le arrebataron su pistola. Continuó defendiéndose briosamente, y consiguió llegar con un reducido resto de la fracción de que formaba parte a Zeluán». La puerta principal de la alcazaba, la del noroeste se hallaba batida desde el poblado, la estación y el cementerio. La escasez de agua era muy acuciante: «sangre por agua». El pozo del que se abastecía estaba fuera de los muros. El servicio de aguada se convirtió en un acto heroico.

El joven veterinario de Regulares participaba como voluntario en estas fuerzas de choque. Su comportamiento fue heroico en la línea de fuego ayudando al oficial médico a curar a los heridos. Contribuyó eficazmente a la defensa de Zeluán, y en el combate se le confió una sección y a su frente supo luchar y morir bravamente, ya que una vez rendida la posición fue vilmente asesinado.

En el aeródromo las balas moras perforaron los depósitos de gasolina y las maderas de las ventanas del comedor y varios tabiques, alcanzando el cuarto destinado a la fotografía. Se produjeron algunos aguaceros fuertes

pero muy breves. Había plagas de mosquitos y otros insectos que atormentaban a los sitiados durante la noche. Se intentó abandonar los pabellones exteriores y entrar en el hangar.

Cuenta Juan Maroto que recibió la orden de llevar una caja de munición al aeródromo (3.200 cartuchos), con treinta soldados. Se llevaron fusiles nuevos y varios de repuesto. Había un camión Hispano con un mecánico y el sargento Francisco Fernández Zarzuela, del Regimiento Melilla 59 de Infantería, «y nos trasladamos todos al aeródromo. En aquella instalación había tres pabellones laterales y la defensa principal la constituía la azotea encima del hangar, que tenía un parapeto de unos 65 cm de altura. La construcción era endeble, con tabique de panderete y puertas y ventanas de madera. El aeródromo estaba batido por las lomas de Buguen Zein y por el poblado, que se hallaba en poder de los harqueños. El depósito de bombas estaba fuera del hangar y para protegerlo se acondicionó un parapeto hecho con bidones vacíos que eran atravesados por las balas moras. Un soldado recibió un balazo en mitad del pecho que le hizo caer exclamando únicamente «¡Ay mi madre!». Sacar agua del aljibe costó dos bajas más».

Los rifeños prendieron fuego a unos almiarés de paja cercanos al aeródromo, con intención de que estallase el depósito de bombas que estaba situado fuera del hangar, pero la providencia quiso que cambiase el viento y no se realizara su cruel intento. Para evitar que el enemigo pudiera acercarse al depósito durante la noche, se abrieron unas aspilleras a raíz del suelo en el dormitorio de la tropa.

Por la disposición que tenían los pabellones exteriores que circundaban el aeródromo, no permitían comunicarse fácilmente entre ellos en tal situación, por estar el callejón que los separaba del hangar completamente batido por las balas enemigas. «Al amanecer cesó un poco el fuego, dedicándose el enemigo a llevarse el botín cogido en el poblado, conduciéndolo a lo largo de la vía, que por estar en alto, les protegía del fuego que pudiéramos hacerle desde el aeródromo. Tan solo dejábamos disparar a los buenos tiradores que realmente hacían bajas. Intentamos sacar agua del aljibe, que estaba batido desde el poblado. Como la defensa se colocó en la azotea, y allí teníamos que efectuar todas nuestras necesidades, todo esto iba a parar al aljibe».

El día 30 salió por la puerta principal de la alcazaba un grupo de seis o siete jinetes con dirección al aeródromo, solo tres lograron llegar, quedando en el hangar donde mataron un caballo que venía herido, para ser comido.

El día 31, desde el aeródromo enviaron un camión cuba que, casi milagrosamente, pudo llegar a la alcazaba aprovechando la distracción del enemigo; sus defensores se propusieron devolver el favor a sus compañeros,

y sin esperar mejor ocasión, en una infortunada decisión, los recién llegados cargaron una caja de munición y algunos sacos con víveres, de los cuales también empezaban a escasear en el fuerte. Los harqueños ya estaban prevenidos y nada más el camión alcanzó el terraplén ferroviario, se pudo oír una fuerte descarga, que acabó con la vida del conductor y su acompañante, apoderándose el enemigo de toda la carga.

Escribe el alférez Maroto en su diario, refiriéndose a la situación en el aeródromo de Zeluán:

«Día 31 de julio. Un soldado preparó la carne de un caballo. Aquellos días para disimular el hambre tomábamos cartón, papel, cera, almidón que había en el cuarto de fotografía, y fumábamos madera y toda clase de porquerías; y para calmar la sed todo lo que fuera líquido, se bebió tinta, agua de colonia, listerina, se sacó agua sucia de los radiadores[...]. Uno de los días que no teníamos nada que comer, se guisó un perro y un aguilucho, que era la mascota del aeródromo, el perro si mal no recuerdo, era de Fernández de Castro, presidente de la Compañía Colonizadora».

Pronto se agotaron los víveres, el agua y las municiones. Los pocos aviones disponibles en Melilla se vieron obligados a lanzar pan, galletas, munición, e incluso barras de hielo, desde una altura de mil metros, quedando destrozadas y la munición inservible al golpear contra el suelo sin ningún tipo de protección; además, en no pocas ocasiones caían fuera de la posición. Posteriormente se utilizaron algunos rudimentarios paracaídas. Incomprensiblemente no se arrojaron bombas sobre las posiciones rebeldes.

La defensa del aeródromo era realmente difícil, ya que no era más que una explanada en la que había pocos lugares para cubrirse, salvo alguna que otra construcción aislada. El día 2 agosto de 1921 los defensores del aeródromo, ante la imposibilidad de seguir resistiendo, incendiaron las instalaciones y los aparatos (cuyos embalajes de madera en los que habían sido transportados se transformaron durante meses en barracones para la tropa).

Al día siguiente, agotada cualquier posibilidad de mantener la alcazaba, se llegó a un dudoso acuerdo con el jefe harqueño Ben Chel-lal de la cábila de Benu bu Ifrur, siguiendo las instrucciones procedentes de Melilla. A la caída de la tarde llegó el momento de parlamentar, y los encargados de ello fueron un trabajador de la empresa *La Colonizadora* llamado Jiménez Pacheco, y su intérprete. Ninguno de los dos regresó a la fortaleza. La tensión aumentó cuando el caid rifeño señaló a voz en grito ante la muralla que «o los soldados deponían las armas en la jornada siguiente o serían pasados a cuchillo». Aseguró en contrapartida que no les atacarían hasta llegar a Melilla si dejaban libre la fortaleza, y sus gentes no asesinarían a ninguno de los

civiles que se encontraban allí. El capitán Carrasco de la Policía Indígena, jefe de la posición, envió al teniente Dalías, de Regulares, a parlamentar con Ben Chel-lal aceptando un principio de acuerdo.

Como se ha señalado anteriormente, la noche antes de la rendición, el oficial veterinario López Sánchez, estando de servicio en el parapeto, observó que uno de los quince policías indígenas que habían quedado en la alcazaba tiraba los cartuchos fuera para que el enemigo recogiese las municiones. Inmediatamente dio conocimiento del hecho al capitán Carrasco y al teniente Fernández. Con cautela los oficiales se reunieron en la caseta de teléfonos y, uno a uno, fueron llamados los moros, desarmados y detenidos. El traidor que arrojó los cartuchos fue fusilado. Una cierta y momentánea tranquilidad se apoderó de todos, ya que los moros refugiados en la alcazaba eran aún más peligrosos que los de fuera, en las huertas de Zeluán, en los barrancos vecinos, en la carretera, en las casas del poblado, aguardaban impacientes el asalto o la rendición para caer como sanguinarios chacales sobre la posición.

Sobre las once de la mañana del día siguiente, 3 de agosto, viendo el capitán Carrasco que no regresaba el teniente Dalías, que había sido enviado a Monte Arruit, de acuerdo con el jefe moro, para solicitar autorización al general Navarro para la capitulación, y ante la presencia en la puerta de un contingente importante de rifeños dispuestos al asalto, y las extremas condiciones en que se encontraban, decidió entregar las armas, y las fuerzas españolas comenzaron a salir de la alcazaba. Los defensores fueron despojados de sus ropas, correajes, dinero y todo lo que pudiera ser considerado de valor. Sometidos a insultos, vejaciones y amenazas constantes, al detenerse los hombres en el arroyo para beber, se produjeron continuadas descargas de fusil, abatiendo indiscriminadamente a los defensores, ensañándose las turbas rebeldes con los rendidos y moribundos. La enfermería del recinto fue incendiada pereciendo carbonizados todos los enfermos y heridos, incluyendo el médico y el capellán. Muchos fueron conducidos al llamado Patio Moreno de La Ina, una casa de campo próxima donde serían torturados y asesinados de la manera más cruel, convirtiéndose en un matadero de españoles. Solo tres o cuatro lograron sobrevivir y fueron hechos prisioneros.

La prensa local, siendo fiel a su línea editorial, autocomplaciente y triunfalista, tendía a minimizar los hechos adversos que se producían en el frente.

«El enemigo se apoderó ayer de Zeluán, después de tenaz resistencia por parte de sus bravos defensores. Parece que los rebeldes faltaron a los ofrecimientos que hicieron a aquella guarnición». Y bajo el epígrafe «Los servicios

de aviación», puede leerse: «Como los días anteriores realizaron vuelos dos aparatos [...] que observaron las posiciones [...]. Las severas órdenes dadas, impiden conocer las observaciones que hicieron en los territorios reconocidos desde las alturas».

El teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz declararía:

«Bendita patria que les lanza migajas y los abandona en vez de soltar bombas contra el enemigo para darles a ellos una oportunidad. No entiendo cómo no se les puede socorrer estando a solo 25 km de Melilla».

El día 22 de julio, a Zeluán empezaron a llegar una ingente cantidad de heridos. Todos ellos contando horribles historias. El calor sofocante... Uno que arribó a la posición fue el veterinario Enrique Ortiz, destinado en Annual. El periódico *ABC* narró su heroico combate contra los rifeños en primera línea de aquel desierto, en un artículo publicado el 23 de octubre de 1921. Según el relato del jefe de caballería Francisco Bravo (presente en el asedio), «luchó denodadamente en una retirada épica. Se vio acorralado por un núcleo de enemigos, que le arrebataron su pistola. Continuó defendiéndose briosamente y consiguió llegar, con un resto exiguo de la fracción de que formaba parte, a Zeluán». También llegaron dos columnas de soldados españoles; la primera, de heridos, la segunda perteneciente al 6.º Escuadrón del Regimiento de Caballería Alcántara. Cerraron con sacos terreros las cuatro entradas al lugar.

Pero aún quedaba por caer Monte Arruit. Según la detallada declaración del herrador de 3.^a D. Macario Pavón Herrera, efectuada en Melilla el 15 de diciembre de 1921:

«[...] permanecimos durante cinco días en Tistutin hasta el día veintinueve que a las tres de la mañana y después de haber organizado durante toda la noche anterior el convoy de heridos para trasladarlos en camillas y el resto en cuantos caballos útiles tenía la columna, salimos para Monte Arruit, á donde llegamos sin novedad hasta un kilómetro antes, donde de un macizo grande de chumberas próximo a la vía férrea empezaron a hacernos fuego y a pesar de tener puestas banderas blancas; la mía de policía indígena que iba en vanguardia se unió al enemigo [...] echándose encima los moros que se apoderaron de los tres cañones que nos quedaban, remataron á los heridos que conducíamos y cada cual, como pudo, se metió en la posición a la que hacían fuego desde las casas del poblado de La Colonizadora y de las del Poblado Antiguo. Dentro de la posición había una columna compuesta de individuos de todos los Cuerpos, muchos heridos, sumando entre todos como unos mil hombres, de nosotros llegamos con el general Navarro como unos

dos mil [...] del regimiento quedamos de cincuenta a sesenta hombres, estando los oficiales siguientes; el Teniente Coronel D. Fernando Primo de Rivera y Orbaneja, Comandantes D. Tomás Berrocoso y D. José Gómez Zaragoza, Capitán D. Julián Triana y Tenientes D. José de Manterola, D. Francisco Climent, D. Victoriano Rúa, D. José Arcos Cuadra, D. Ramón León Font de Mora, D. Gerardo García Castaños, Capellán D. José Campoy y Veterinarios Terceros D. Vidal Platón y D. Eduardo Caballero...». Transcripción literal de unas páginas del Expediente Annual (Melilla 11).

Se estima que estos oficiales veterinarios fallecieron el 9 de agosto de 1921. Nunca sabremos con certeza si Eduardo Caballero Morales, así como Vidal Platón Bueno, murieron defendiendo la plaza o vilmente asesinados tras la rendición; solo el cadáver del segundo sería recuperado, y sus restos depositados en el Panteón de Héroes del cementerio de Melilla. En cadáver de Morales nunca fue encontrado o reconocido. Años después sería dado de baja en el Ejército como desaparecido. En aquellas fechas había cumplido 26 años.



Vista aérea de la posición de Monte Arruit tras la masacre, se pueden apreciar los cadáveres diseminados en sus proximidades

El general Navarro ordenó el repliegue de las tropas desde Tistutin a Monte Arruit, cuyo trayecto era de unos 16 kilómetros, que se realizó la noche del 29 de julio. A los supervivientes de la terrible y agónica retirada de Annual a Dar Drius del día 22, se habían unido diversas fuerzas procedentes

de otras posiciones. Ya se habían producido las heroicas cargas del Alcántara junto al cauce seco del río Igan para proteger los flancos de la columna, lugar donde el Regimiento había sufrido enormes bajas. Cuando la vanguardia divisa Monte Arruit son recibidos con nutrido fuego enemigo y su acoso lleva a la confusión y el pánico. El enemigo también se concentra en la retaguardia. La Policía indígena, que marchaba a la cabeza de la columna, se replegó a los costados en ademán de combatir, escapando finalmente en dirección al enemigo. Se producen de nuevo situaciones de desbandada entre la tropa, que los oficiales intentan controlar, siendo algunos de estos abatidos.

La columna penetra en Monte Arruit desordenadamente, el general Navarro se ha quedado solo. Pronto varios oficiales se organizan para defenderle, Sánchez-Monje, Gilabert y Primo de Rivera entre ellos. La harka está muy encima y empieza a mezclarse con los soldados y se establece un combate casi cuerpo a cuerpo. Un rifeño apunta a Navarro a corta distancia, mientras Primo de Rivera detiene un caballo abandonado para que monte el general, en ese preciso momento suena un disparo que destruyó el cráneo del moro, cuya sangre salpica a ambos militares. El asistente del capitán de la Lama, del África, le ha salvado la vida. Las fuerzas que llegaban no recibieron el apoyo de los defensores que el general esperaba, salvo una guerrilla que se estableció a doscientos metros de la entrada con poco resultado.

En Melilla se extiende el convencimiento de que, al menos de momento, no se va a mover un solo soldado hacia el frente.

Los soldados recogían los sacos de pan que eran lanzados por los aviones y no los de munición, que resultaban inservibles.

No han pasado ni tres horas desde la entrada de los hombres del general Navarro en Monte Arruit cuando, a las dos de la tarde, aproximadamente, el enemigo inicia el fuego de artillería, con piezas emplazadas en el frente este sobre una colina de chumberas, a unos dos kilómetros de la posición.

Al amanecer del día 30 de julio, el calor es extremo en Monte Arruit. El teniente coronel Primo de Rivera está en los alrededores de la puerta principal. Su gesto sonriente y su carácter generoso, optimista y sereno infunde ánimo a todos, y se hace querer de cuantos le rodean. El sábado 6 de agosto muere como consecuencia de la gangrena, después de que una granada le hubiera destrozado el brazo derecho.

En la tarde del 2 de agosto, una comitiva de rifeños con banderas blancas intenta entrar en la posición, pero son repelidos. La sed es insoponible y la búsqueda del agua cuesta sangre. Algunos soldados desertan ante las promesas de los rifeños; cuando salen son disparados a quemarropa por los moros.

En *El Telegrama del Rif* del 5 de agosto de 1921, bajo el epígrafe «Comunicando con general Navarro», se puede leer:

«Al desembarcar ayer las fuerzas en la Restinga, establecieron comunicación heliográfica con Monte Arruit, contestando las fuerzas que allí se hayan, a las órdenes del heroico general Navarro, que seguían resistiéndose. Parece que en los alrededores del reducto de Monte Arruit hay numerosos cadáveres indígenas».

El periódico *ABC* publicaría una crónica en la que, bajo el título «Mejora la situación en Marruecos», puede leerse:

«Un saludo del general Navarro al Rey... El general Navarro no quiere rendirse. Se le ha autorizado, se le ha dicho que se rinda, y el general Navarro se niega a rendirse [...]. En el parte de ayer decía: "Tengo que añadir a las novedades del día la muerte de Primo de Rivera y de Simeoni" [...]. El general Navarro conserva de tal manera el espíritu de los que están con él, que deja marchar a todo el que quiere, a todo el que vacila, a todo el que desea probar fortuna y ver si llega a la plaza [Melilla]. Cada día se mata un caballo, y por los que llegan se sabe que cuando han comido todos, el último que come es el general. Se trata de reservar en lo posible la muy escasa munición...».

Se prepara la salida de Monte Arruit, los tratos con los jefes de la harka los ha iniciado el comandante Villar, superviviente de Abarrán. Salió el ocho de agosto y vuelve a la posición pasado el mediodía del nueve; los de Arruit llevan cercados desde el veintinueve de julio. Se desconoce qué fue lo que pactó Villar con los rifeños, pero Navarro se entrevista con él y da por terminada la resistencia, es la una menos cuarto de aquel tórrido día nueve de agosto de 1921. A la una en punto la tropa deja el armamento, las harcas apartan a los oficiales, algunos quieren compartir el destino con sus hombres y se niegan a ir con el grupo del general Navarro a la estación de tren de Arruit. En un principio parece que la salida se realizará más organizada de lo que cabía esperar; pero, en ese momento en el poblado, que parecía despejado de chusma, empieza a oírse un gran vocerío. Desde los campamentos de la harca numerosos grupos corren o galopan hacia Monte Arruit. Unos tres mil moros aúllan mientras avanzan hacia la posición. Unos turbantes son lanzados en molinete al aire y los rifeños se abalanzan sobre la desarmada tropa, que aturdida trata de apiñarse y defenderse. Se produce una tremenda carnicería. Tres mil hombres perecieron dentro y en los alrededores de aquella desdichada posición.

El viernes 12 de agosto, el diario de Melilla publicó una escueta nota según la cual se habrían salvado setecientos hombres de la heroica columna del general Navarro.

El domingo 14, publicó en *El Telegrama del Rif*:

«La tarde del 9 presencié el fin de la homérica resistencia de la heroica columna Navarro. Los sangrientos sucesos desarrollados los primeros momentos, costaron la vida a varios de los nuestros (sic), pero también los rebeldes sufrieron bajas. El general Navarro salió el último, con varios jefes y oficiales. Iba a caballo...».

El *ABC* del 11/08/1921:

«Llegan vapores con refuerzos al puerto. Mientras, en Melilla, se desembarca el material de artillería llegado recientemente, y se disponen lanchones que transportan soldados para la Restinga». «Se espera que hoy llegue a Melilla el general Navarro con parte de su columna [...] La cesación de hostilidades en Monte Arruit y la evidencia de que se desarrollan gestiones desde Melilla por conducto de Ab-el- Kader hacían esperar un desenlace llevadero».

Sin embargo, el domingo 14 de agosto, la evidencia de los hechos comienza a ser abrumadora, dice *ABC*:

«Parece comprobarse que la evacuación de Monte Arruit se desarrolló de modo distinto a como ha venido asegurándose [...]. En todo el frente de la Plaza se han instalado potentes reflectores que durante la noche escudriñan el Gurugú».

Ese mismo, día dimitía el ministro de la Guerra Luis de Marichalar y Monreal, vizconde de Eza.

El total de las fuerzas reunidas en Arruit ascendía, el 29 de julio de 1921, a 3.017 hombres; reunidos en un perímetro inferior al que tiene la Puerta del Sol de Madrid. La defensa de Monte Arruit se prolongó hasta el 9 de agosto. En aquella agonía faltaba el agua, la comida, las municiones (5 cartuchos por individuo) y los medicamentos. Tres cañones descargaban continuamente sobre la posición, que recibió 114 disparos el primer día, que se concentraban sobre todo desde el mediodía hasta la puesta de sol. Unas de las salidas para la aguada, fue catastrófica, no quedando prácticamente nadie de los 200 que salieron en guerrilla. Durante los 12 días que allí estuvieron, solo comían una vez al día garbanzos y arroz con carne de caballo.

La gangrena campó a sus anchas.

Declararía el general Navarro tras su liberación, después de permanecer cautivo un año y medio en duras condiciones:

«Tras haber recibido varios heliogramas autorizándome el Alto Mando para pactar con el enemigo. Cuando empezaba a darse cumplimiento de lo acordado—sobre las 13,30 del día 9 de agosto comenzó la evacuación—la chusma que rodeaba el campamento en número de unos cuatro mil hombres, asesinaron a la ya indefensa guarnición».

El valiente general moriría vilmente asesinado, junto a su hijo, en noviembre de 1936, en las matanzas de Paracuellos de Jarama.

Es de justicia recordar aquí al veterinario segundo D. Manuel Ulierte Torres, de la Comandancia de Artillería, nacido el 3 de abril de 1892 e ingresado en el Ejército el 27 de noviembre de 1915 y dos años después ascendió a ese empleo. Destinado en la Policía Indígena de Melilla, contrajo sobrados méritos durante las operaciones seguidas para dominar los poblados de Tafersit, asistiendo a soldados en la línea de fuego, retirándoles a hombros hasta ponerlos a salvo y volviendo a las posiciones de riesgo.

El alférez veterinario Montero declararía que Ulierte se ofreció voluntariamente al coronel Manella, jefe de la circunscripción de Annual y del Regimiento Alcántara 14, para encauzar la evacuación de esa posición ante el monumental desorden que se había producido, y junto con un sargento de sanidad, y pistola en mano, lograron contener a los fugitivos y agregarlos a las unidades que pasaban reunidas.

El Zoco el-Telatza, asignado al regimiento de Infantería África 68, estaba situado al sur de la circunscripción de Melilla y próximo a la zona francesa del Protectorado. En la defensa de Telatza se destacó el veterinario tercero José Montero Montero que asistía al ganado de la guarnición. El repliegue, tras inutilizar las piezas y munición de artillería, fue cubierto por la compañía del capitán Prats, algunos soldados de infantería, diez policías leales con su jefe el capitán Alonso y el oficial veterinario Montero, que se unió voluntariamente a ellos. La extrema retaguardia la constituyó una sección de Alcántara que quedó reducida a nueve jinetes, de ellos siete heridos. En esta retirada fue muerto el herrador de tercera Domingo Román. (Declaración del alférez Montero en Melilla, el 21 de septiembre de 1921).



A las tres de la mañana del 25 de julio la columna se repliega a zona francesa; la noche, y una oportuna y densa niebla, hacen de excelentes aliados. En cuanto clarea el día, la niebla comienza a levantarse, y la retirada es descubierta. La posición de Tazurut Uzai también les observa, esta posición es la situada más al sur, y aunque han recibido la orden de abandonarla y escapar a zona francesa, no la cumplen. Son 120, van a morir todos, menos 7, en la noche del 25 de julio. Aunque las cifras varían según las fuentes, en la retirada murieron unos 700 hombres de los 1.200 que componían la columna, alcanzando las líneas francesas, que impasibles observaban lo sucedido.

Por Orden Circular del Ministerio de la Guerra de 23 de mayo de 1932 (D.O. núm. 126), D. José Montero Montero, ascendido, del Regimiento de Cazadores de Caballería núm. 8, queda disponible en la segunda división orgánica. Así aparece citado en La Semana Veterinaria, núm. 806; de 5 de junio de 1932.

A la pérdida de los oficiales veterinarios hay que sumar la de once herradores de los catorce que prestaban servicio en el Regimiento Alcántara, cuyo estandarte luce, en la actualidad, la corbata laureada, finalmente concedida, e impuesta por SM el Rey el 1 de noviembre de 2012, en el Palacio Real de Madrid.

Bajo un calor agobiante, el 14 de octubre de 1921, las tropas españolas reconquistaban la Alcazaba de Zeluán. Desde aquel macabro lugar, el general Miguel Cabanellas escribió una carta, que sería publicada por los periódicos, a las Juntas de Defensa en estos términos:

«Acabamos de ocupar Zeluán, donde hemos enterrado quinientos cadáveres de oficiales y soldados. Estos y los de Monte Arruit se defendieron lo bastante para ser salvados. El no tener el país unos millares de soldados organizados les hizo sucumbir. Ante estos cuadros de horror no puedo por menos que enviar a ustedes mis más duras censuras. Creo a ustedes los primeros responsables [...] Han vivido ustedes gracias a la cobardía de ciertas clases que jamás compartí. Que la historia y los deudos de estos mártires hagan con ustedes la justicia que merecen...».

Esto le valió al general Cabanellas una instrucción sumaria, por decir públicamente lo que ya era casi de dominio público, que estas Juntas «solo se ocupaban de cominerías, de desprestigiar al mando y asaltar el presupuesto, sin ocuparse del material y por no aumentar la eficacia de las unidades». Y eso, junto con la falta de mandos a la altura de las circunstancias, la escasez de material y víveres, con unos largos despliegues por territorios inhóspitos, sin cubrir la retaguardia, soldados de reemplazo y mal adiestrados,

situando las posiciones que señalaban las cabilas, sin agua disponible, armando a los rifeños que se consideraban leales, permitiendo que los mandos permanecieran en la plaza de Melilla y todo ello para defender una región árida y muy difícil de mantener, cediendo a las exigencias de Francia que se reservó la zona sur del territorio, mucho más extensa y fértil, que se adjudicó tras el convenio hispano-francés de 1904, por el que se repartían la zonas de influencia en Marruecos, y cuya hegemonía gala se vio refrendada en marzo de 1912 mediante el Tratado de Fez, por el cual el sultán de Marruecos cedía la soberanía a Francia, convirtiéndose en un protectorado francés, unos meses después; el 27 de noviembre de 1912, se creaba el Protectorado español de Marruecos. En el tablero africano de influencias de aquellos días, también se hallaba presente, por supuesto, Inglaterra. Alemania ya había conseguido lo que anhelaba.

En el diario del soldado Matez y en *El Telegrama del Rif* (noticia impresa el 10 de agosto de 1921) se da cuenta de cómo fue evacuada la posición de Zoco de Telatza. Este campamento se hallaba dividido en dos, distante uno de otro unos 600 metros. El primero estaba guarnecido por tropas europeas, al mando del teniente coronel García. El segundo servía de acuartelamiento a las fuerzas de la Policía Indígena, a las órdenes del capitán Francisco Alonso. «Cuando la situación se hizo insostenible, tras la insurrección de las tropas indígenas del día 24 de julio, se decidió, a las tres de la madrugada, evacuar el campamento e internarse en la zona francesa». Hubo más de quinientas bajas, y se abandonó abundante material. En Hassi Huenza, donde la columna internada permaneció dos días, los españoles fueron bien recibidos y atendidos. De allí la columna pasó al puesto francés de Camp. Berteaux, tras vadear el río Muluya (que desemboca a la altura de las Chafarinas). Después montaron en un tren que les conduciría a Uxda y luego a Orán.

«En Orán esperaban a los de la columna quince mil almas, en su mayoría españoles. El cónsul de España en aquella ciudad se esforzó por atender a los refugiados. Allí permanecieron desde el atardecer del sábado hasta la tarde del lunes, que embarcaron en el Bellver para Melilla.»

El jefe de caballería D. Francisco Bravo –uno de los salvados en esta tragedia– escribe:

«El enemigo nos hostilizaba constantemente desde el cementerio, donde se había atrincherado, imposibilitándonos la aguada. El capitán Carrasco de la Policía, jefe de la posición, pidió voluntarios para una salida, con el propósito de desalojar a los harqueños de sus defensas;

Como señaló en su informe el general de división Juan Picasso en 1922:

«La mayor debilidad [de las posiciones] era su alejamiento y la dificultad de la aguada», a esto se unía malos mandos, largas líneas de aprovisionamiento, escasez de material, soldados mal adiestrados...».

Tras la toma de Zeluán, se procedió a la retirada de cadáveres y saneamiento de la alcazaba y sus alrededores por fuerzas del regimiento de Zapadores bajo la dirección de la comisión de Higiene. Se comprobó que la enfermería había sido incendiada por los rifeños, pereciendo abrasados el médico, el capellán y algunos heridos y enfermos graves que no pudieron abandonarla. También se procedió a los trabajos de reparación, construcción de pozos y conducción de aguas. Los regimientos Wad-Ras y Borbón acamparon en el interior de la fortificación. Por esos días, elementos indígenas hostigaban a las tropas españolas, efectuando disparos hacia las posiciones próximas a Segangan.

En la alcazaba, el olor a muerte y descomposición lo invadía todo. Un profundo horror se manifestó ante los que habían liberado Zeluán. En el llamado patio Moreno de la casa Fino La Ina, se encontraban un centenar y medio de cuerpos que manifestaban gran sufrimiento y desesperación: cuerpos mutilados, castrados, quemados, crucificados, algunos maniatados con sus propios intestinos... ahora unido a la ansiedad de los que buscaban a sus seres queridos. Allí se encontraba el teniente Rafael Carrasco, hijo del bravo capitán y el alférez de navío que tuvo que identificar lo que quedaba de su hermano, el teniente médico Fernando González Gamonal.



Figura alegórica que podría representar la sed, la barbarie y el calor abrasador que martirizó a tantos militares españoles en el Rif. Sillería del coro de la Catedral de Ciudad Rodrigo. (Fotografía del autor)

Apéndice

Mandos de Veterinaria Militar en 1921:

- Subinspector veterinario de 1^a, coronel: 3 en anuario, ninguno en Melilla.
- Subinspector veterinario de 2^a, teniente coronel, 11 en anuario, ninguno en Melilla.

En la Comandancia Militar de Melilla, en julio de 1921, figuraban los siguientes veterinarios:

- Veterinarios mayores, comandantes: 27 en anuario, 1 en Melilla. Se trataba de Baltasar Pérez Velasco, que era el Jefe de Veterinaria Militar de Melilla, había nacido en enero de 1874.
- En el anuario figuraban 111 veterinarios 1.º (capitanes), de los cuales 8 estaban destinados en Melilla: Ladislao Coderque Gómez, Agustín Elvira Sadava, Bonifacio Llevot Guillén, Candelo Corbín Ondarza, Gonzalo Espejo del Pozo, Luis Plaza García, Teófilo de la Ossa Alcázar y Clemente Martínez Herrera.
- Veterinarios 2.º (tenientes): 83 en anuario, 7 en Melilla: Alfredo Jiménez Jiménez, Eusebio López Maestre y Barcena, Tomás López Sánchez, Manuel Ulierte Torres, Francisco Acin Martínez, Luis Del Valle Cuevas y Enrique Ortiz De Landazuri Rodríguez.
- Veterinarios 3.º (alféreces): 44 en anuario, 6 en Melilla: Eladio Gómez Díaz, Luis Doménech Lafuente, Eduardo Caballero Morales, José Montero Montero, Antonio Morado Gómez, Federico López Gutiérrez.
- En el anuario militar de 1921 no aparece el veterinario 3.º Vidal Platón Bueno. Sustituyó en el Alcántara a Doménech Lafuente.
- Total de veterinarios en Anuario de 1921: 279, de ellos 22 destinados en Melilla. De estos, 5 muertos en combate: Eduardo Caballero Morales y Vidal Platón Bueno pertenecían al Regimiento de Cazadores de Alcántara núm. 14 de Caballería. Tomás López Sánchez a la Comandancia de Intendencia, Luis Del Valle Cuevas al Regimiento Mixto de Artillería, y Enrique Ortiz De Landazuri Rodríguez al Grupo de Regulares Indígenas.

Herradores:

El Regimiento de Cazadores de Alcántara núm. 14 de Caballería contaba con 14 herradores (de 1.^a, 2.^a y 3.^a) de los 31 adscritos a la Comandancia Militar de Melilla, de los cuales 11 murieron en combate.

Educandos de banda:

También murieron 13 de los 14 educandos de banda (cornetas) del Regimiento, adolescentes casi niños, que acompañaron a su Unidad hasta el final.

Cabezas de ganado:

Se distribuían en seis regimientos (San Fernando 11 de Infantería, Ceriñola 42 de Infantería, Melilla 59 de Infantería, África 68 de Infantería, Alcántara 14 de Caballería y Mixto de Artillería), la Comandancia de Artillería, la Brigada disciplinaria, La Comandancia de Ingenieros, la Comandancia de Intendencia, la Compañía Mixta de Sanidad, el Grupo de Regulares Indígenas y la Policía Indígena.

BIBLIOGRAFÍA Y DOCUMENTACIÓN CONSULTADA

- Archivos del Cementerio de la Purísima Concepción de Melilla. Panteón de Héroes.
- Archivo Histórico Militar. Melilla.
- Archivo Histórico del Ejército del Aire. Madrid.
- El Telegrama del Rif*. 30-XII-1920; 31-XII-1920; 5-VIII-1921; 12-VIII-1921; 14-VIII-1921.
- Expedientes del Juicio contradictorio para la concesión de la Laureada colectiva de San Fernando al Regimiento Alcántara 14.
- FERNÁNDEZ-CAPARRÓS, L.M.; GALÁN TORRES, J.A. e IGLESIAS OLMEDA, J.L.: *Homenaje a los veterinarios militares caídos en Marruecos al cumplirse los 80 años de la batalla de Annual (1921-2001)*. VI Jornadas Nacionales de Historia de la Veterinaria Española. Valencia, 16 y 17 de noviembre de 2001.
- «La Semana Veterinaria». X-1920; 3-X-1921; 31-X-1921; 5-III-1923; 10-III-1924; 5-VI-1932.
- GALÁN TORRES, J. A. «Aquellos veterinarios de Annual», en *Sanidad Militar*, vol.75, nº4, (2019), pp. 228-236.
- GALÁN TORRES, J.A.: «En memoria de los veterinarios caídos en Annual, 1921», en *Tra'pana. Revista de la Asociación de estudios Melillenses*, núm. Extraordinario, Centenario de Annual, 2021, pp. 329-350.
- MIGUEL FRANCISCO, L.: «Morir en África. La epopeya de los soldados españoles en el Desastre de Annual. Crítica. Editorial Planeta, (2014).
- MOLLINEDO GÓMEZ-ZORRILLA. J.A. y MARÍN GARRIDO, A.: «La Veterinaria Jienense en el desastre de Annual», en *Anales*, Vol. 23 (1). Real Academia de Ciencias Veterinarias de Andalucía Oriental, diciembre de 2010.
- Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, núm. 11; XI, 1921.
- RODRÍGUEZ DE VIGURI, L.: *La Retirada de Annual*. Ed. Rivadeneyra. Madrid, 1924.
- VILLAZÁN GARCÍA, J.: Juez instructor del juicio contradictorio. Resumen de Informe, 7 págs. Archivo Histórico Militar. Melilla.